

En tierra Yankee de Justo Sierra

Jesús Manuel ZULUETA. Universidad de Cádiz

Justo Sierra es uno de los ensayistas mexicanos más importantes del siglo XIX, con influencias del Romanticismo y el Positivismo, e incluso frecuentemente visto como precursor o iniciador del Modernismo. Sus libros de viajes tienen un tono íntimo; contrasta lo vivido en ellos con sus propias experiencias. Analiza la situación y el carácter de cada país, con un discurso salpicado con sarcasmos e ironías que dan una recurrente pincelada de humor. *En tierra yankee (Obras completas VI. Viajes. En tierra yankee /En la Europa latina*, edición, notas e índices de José Luis MARTÍNEZ, México, Universidad Nacional Autónoma, 1991, primera edición 1948), recoge las impresiones de un viaje de casi dos meses a Estados Unidos a finales del XIX. Aparece en la revista *El Mundo* de Ciudad de México entre 1997 y 1998, publicándose posteriormente como libro en este último año (Tipografía de la Impresora Nacional del Timbre, Palacio Nacional de México). Para la elaboración de esta obra recordó las de otros mexicanos que también habían realizado este viaje. Menciona el *Viaje a los Estados Unidos* (1846) de Lorenzo Zavala, y el *Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos* (1848) y las *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y Canadá* (1849) de Justo Sierra O'Reilly. Pero probablemente estos libros no le influyeron demasiado, ya que, al contrario de los autores citados, Sierra no dominaba el inglés, circunstancia que condiciona el propósito de su viaje. Así, confiesa que va a entretener a los americanos, "puede ser que alguna vez me atreva a interrogar las cosas, pero nunca a los hombres". En esa línea su libro desarrolla una de las principales características del libro de viajes romántico: "mi propósito [...] es consignar en rápidas noticias, mis sensaciones causadas únicamente por el aspecto exterior de las cosas en este país interminable. A lo demás renuncio, no me meteré en honduras" (1991, 83).

Sierra une constantemente la visión finisecular de Estados Unidos a la de México. Percibe que la historia reciente del país ha sido condicionada por los americanos. En este sentido recuerda una cita del emperador Maximiliano cuando, al conocer el desenlace de la Guerra Civil estadounidense, pronostica un próximo enfrentamiento entre los dos países, donde México llevaría la peor parte. Naturalmente la tierra mexicana siempre conmoverá a Sierra, mientras que los Estados Unidos será sentido como algo muy ajeno. Este contraste se produce, por ejemplo, cuando contempla la última ciudad mexicana, Ciudad Porfirio Díaz, destacando el tono melancólico del repique de una campana; sin embargo, la primera ciudad americana, Egle Pass, es descrita de forma prosaica como "una bandera muy alta, una aduana y unos furgones de carbón" (24).

Algo constante en este libro de viaje es un puntual resentimiento que surge en Sierra cuando algo le trae el recuerdo de la guerra de mediados de siglo entre México y Estados Unidos, donde el país hispano perdiera buena parte de su territorio. Estas referencias están inspiradas muchas veces en detalles que describe el autor a través del viaje; por ejemplo, el nombre de la capital de Texas, Houston: "Esta ciudad lleva el nombre de nuestro vencedor" (27). Ante una estatua de Henry Clay en Nueva Orleans expresa que "parece esculpida no con cincel, sino con el hacha" (34); y añade una cita del americano Channing: "Hay crímenes que por su enormidad rayan en lo sublime: la adquisición de Texas por nuestros compatriotas, tiene derecho a este honor. Los tiempos modernos no ofrecen otro ejemplo de rapiña cometido en tan vasta escala" (34). Algo semejante ocurre con la estatua a la gloria de los triunfadores en la Guerra de México de Central Park, de la que ni siquiera prefiere hacer un comentario, o el sentimiento patriótico que despierta el cuadro que representa la toma de Chapultepec en el Capitolio, que califica de risible e infantil:

A nosotros no nos pesaría una representación verídica del combate [...]; él solo nos venga de todas las afrentas de la invasión americana; en esa pirámide de miseria, de vergüenzas, de sangre y de triunfos americanos que se llama 1847, forma el vértice fulgurante, el grupo de niños sublimes del colegio militar, que vengaron a su patria en la historia con solo morir por ella- (123).

A pesar de estos comentarios, el libro de Sierra no se constituye en un ataque constante contra los Estados Unidos, al contrario, predomina una percepción objetiva de las cosas, aunque sus sentimientos se acaben decantando por la defensa del espíritu hispanoamericano. Hay resentimiento por aquella guerra, pero también existe fascinación hacia este pueblo: "Yo no niego mi admiración, pero procuro explicármela; mi cabeza se inclina, pero no permanece inclinada; luego se yergue para ver mejor" (119).

Es habitual en esta obra la idea de superioridad de los Estados Unidos sobre México, que muchas veces aparece de manera explícita, y otras de forma más sutil, como cuando habla de la vegetación: "Aquí [Estados Unidos] parece más copiosa, más grasa, de un verde mejor lavado que allá, aunque siempre chaparra" (25)- En estas comparaciones expresas o latentes surge también el característico humor de Sierra; por ejemplo, al contemplar las pequeñas ciudades americanas:

Algunas [...] son muy limpias, parecen vestidas de día de fiesta, y son como una especie de repique de colorido en un paisaje a dos o tres tintas nada más. Los hotelillos regocijados, sus vastas tiendas de abarrote (*groceries*) arrancan de nuestros labios la consabida exclamación nacional: ¡qué bonito! (25).

La comparación de los teatros también pone de manifiesto la superioridad americana, su opulencia, su lujo, "absolutamente diverso del semidecorado de nuestras salas del Nacional, Principal, etc." (85).

Otras cuestiones de más envidia demuestran el avance americano por ejemplo en lo que atañe a las leyes. Sierra describe el Capitolio y luego compara la democracia americana y su sentido pragmático con la mexicana, verbal y de aparato, basada en "un decálogo jacobino que está ya mandado recoger" (122). Llega al punto de no querer visitar los flamantes palacios de justicia americanos para no compararlos con los de México. También contrasta un asunto tan importante como el de la religión; el dinamismo de la jerarquía católica americana frente a la estrechez de miras de la iglesia mexicana.

En definitiva, el progreso material de Estados Unidos con respecto a México se expresa en detalles como la alusión al invento reciente del aire acondicionado:

Un señor Green [...] ha inventado el modo de colocar en las ventanilla de los vagones dos hojas de tela metálica finísimas, entre las que hace pasar una corriente de agua vaporizada por un ventilador, y ¡adiós calor! y ¡adiós polvo! Sí, pero, ¿cuándo se aplicará a los vagones mexicanos esta invención bendita?. (189)

Pero no sólo contrasta Sierra estos aspectos entre los dos países, también su forma de ser; por ejemplo, la concepción de la realidad y del tiempo de los mexicanos frente a la de los estadounidenses al contemplar el bullicio de una calle: "Si una cosa logrará siempre un mexicano, es ser perezoso en medio de la actividad de un mundo y vagar negligentemente en medio de cien mil individuos que corren montados y espoleados por el *jockey* impasible e implacable del amor al dollar" (177). Este es un concepto que para Sierra distinguirá a unos y a otros: sosiego frente a movimiento continuo: "Pararse, cosa muy mexicana: aquí nadie se para, yo no conozco parados en las calles de Nueva York" (81); y sólo recuerda parados a Washington, Lafayette, Horace Greeley, Franklin y Lincoln, "pero para lograrlo han necesitado ser de bronce, si no los habrían obligado a andar o a meterse en un jardín cualquiera". (81).

Más atención que al contraste entre México y Estados Unidos dedica Sierra a describir lo que es propiamente americano: su carácter pragmático, eficaz, previsor. Y lo expresa casi siempre a través de ejemplos suficientemente ilustrativos. Cuando Sierra visita Washington encuentra una ciudad construida para albergar a tres millones de habitantes, aunque a principios de siglo sólo la ocupaban una doceava parte. En esta misma ciudad están las tierras confiscadas al general Lee tras la Guerra de Secesión; el gobierno, con el fin de que la familia no las recuperase litigando, las ocupa con un cementerio a los caídos. Por último, una de las imágenes

que ejemplifica mejor la eficacia del pueblo americano es la de los bomberos, y su forma medida, precisa y rápida de actuar que siempre encandila a Sierra.

Pero si tuviera que destacar el aspecto más importante que distingue lo americano, según la visión del autor, sería el movimiento: "Este es el pueblo americano, un pueblo que no se sienta mas que para tomar cerveza, y eso no es sentarse. Además, habla por la nariz" (28). Eso explicaría para Sierra los confortables sillones americanos que permiten descansar en cinco minutos como una noche entera: "ese sillón de cuero o de *rotin* compuesto de pequeños lechos para las piernas, para las nalgas, para las espaldas, para los brazos, para el cuello, para los zapatos, para los sombreros; esos sillones de que no quisiéramos los gordos levantamos nunca" (46). Por esto, los americanos tuvieron que inventar el ascensor, algo que encauzaría su carácter nervioso, no conformes con desplazarse en vagones y carruajes horizontalmente, y así, "se distribuye en infinitos canales vivos, que ascienden y descienden incesantemente dentro de aquellos edificios donde hierve el esfuerzo humano, a lo largo de cables de acero que por la ligera, pero perenne conmoción que producen, parecen hechos con nuestros nervios" (63). Otros elementos con que Sierra ilustra este aspecto es el zapato, donde ve "la huella, el molde, el hieroglífico, como el símbolo de la actividad de este pueblo que todo lo deforma, lo gasta, lo contrae... y lo renueva" (76).

Sierra resume esta inquietud con la expresión inglesa *go ahead*, que sintetiza la dinámica, la posición y la actitud del americano. Así, con su sorna característica, recuerda una anécdota del maestro Spencer: "(desde entonces lo quiero más), interpelado en un banquete en Nueva York para que, en virtud de sus observaciones, formulase un consejo al pueblo americano, contestó: este es mi único consejo: señores, sentaos". (178)

A este afán por moverse suma Sierra el gusto por lo enorme, por las grandes magnitudes. Tanto es así que este rasgo se proyecta en su propio estilo con el empleo constante de epítetos superlativos que reflejan esta característica. Esto ocurre, por ejemplo, cuando describe el puente de Brooklyn: "Y es indecible la elegancia de esta cosa enorme (que me perdone el lector los epitetazos, no hay otros en mi carnet de viaje)" (64). O bien, al referirse a Chicago justifica en general el uso de estos calificativos: "tuvimos tiempo apenas de visitar muy de prisa el enorme Hotel Palmer, el gigantesco Auditorium: mis lectores crearán que soy pródigo en epítetos de aumento; la verdad es que los Estados Unidos en su conjunto y sus detalles, merecen los susodichos epítetos y no merecen otros". (169)

Otro aspecto fundamental que no deja de percibir Sierra en Estados Unidos es el progreso. Esto se manifiesta en las distintas formas de automoción a las que ya a finales del XIX recurría el americano, procurando ir a pie lo menos posible. En Nueva York,

en una sola avenida se alinean dos vías separadas; suelen, sin embargo, ir juntas en una armazón solo que sirve casi de techo al pavimento inferior, por donde discurre otro millón de pasajeros en vagones funiculares o de tracción animal y en toda clase de vehículos; nadie anda a pie sino el menor espacio posible, y cuando estos señores van a pie, van corriendo a buscar la escalera del "elevado", o a subir a la primera bocacalle a la plataforma de un vagón de cable. *Et sic semper* (59).

Y eso que en la isla de Manhattan estaba prohibida la circulación de coches eléctricos a finales del siglo pasado.

Quizá la imagen por antonomasia del progreso americano sea la de los rascacielos, que surgen en Nueva York por la falta de espacio para acomodar a todas las empresas que querían estar presentes en esta Meca del comercio mundial. Las magnitudes de estos rascacielos a finales del XIX aún están lejos de las de hoy, pero, como en otros casos, Sierra profetiza y acierta:

Pronto estas torres serán de acero, o de vidrio, o de aluminio, y subirán (hay una en construcción de veinticinco pisos y otra de treinta y dos en proyecto para el *Sun*, popular periódico de aquí), a 140 metros. Supongo que habrá que tener entonces encendida la luz eléctrica todo el día en las calles de esta Babilonia (60).

Otros elementos que reflejan el progreso son el ferry; la fotografía, medio infalible, según Sierra, de inmortalizar lo feo; o los grandiosos efectos especiales que el autor tiene oportunidad de contemplar en el teatro, y que se constituirán en el futuro en una de las senas de identidad del arte americano. Por ejemplo, dentro de un *music hall* se desarrolla una carrera de caballos. Ante esto, Sierra es capaz de hacer una crítica que hoy podríamos encontrar sobre muchas obras de teatro y películas americanas: "En nuestro tiempo, todo lo salva una buena decoración, lo mismo un melodrama de brocha gorda que una comedia política" (88).

El espíritu de poeta de Sierra se rebela contra este progreso: los ruidosos rines de los tranvías no lo dejan dormir:

La civilización ha inventado ruidos nuevos o ha hecho nuevas combinaciones de ruidos viejos; por eso me parece en mi insomnio como una joven yankee, coronada de estrellas eléctricas, con unas inmensas alas blancas de algodón fenicado y dos frasquillos mágicos en las manos, uno de bromuro de potasio y otro de coral (37).

En otro momento es el barco de vapor el que rompe el encanto de la noche: "es el gran violador y por eso esta noche de plato pura está incrustada de fierro y de fuego" (28).

Otro de los elementos que constituyen el ser de esta nación para Sierra es el de la publicidad: "hemos llegado al verdadero mundo americano, al reino del anuncio" (30). Ante unas estructuras metálicas destinadas en principio para los tranvías eléctricos y reconvertidas en vallas publicitarias, Sierra se pregunta: "¿Hay algo en los Estados Unidos que no sirva para anuncios?" (33). Para Sierra la publicidad es un asunto que distingue el carácter americano, y, ante la abrumadora presencia de caracteres con letras enormes para ser leídas a leguas de distancia, Sierra se sigue preguntando:

¿Será este el objeto último de la actividad de este gran pueblo? ¿Inventar anuncios, poner anuncios, propagar anuncios? Eso parece: las ciudades, que son aglomeraciones de palomares, ¿tienen otro objeto que mostrar anuncios en las ventanas, en los tejados, en las chimeneas? Un amigo mío, americano, me decía que muy frecuentemente la invención del anuncio precede a la cosa anunciada. ¡Oh tierra del *humbug*, bendita seas! (51).

Ese auge de la publicidad está íntimamente relacionado con el consumismo. Sierra ve cómo en la calle Catorce de Nueva York dos o tres mil mujeres muy elegantes se dedican a "tendear". Y si hay algo que para este mexicano refleje perfectamente este aspecto del engranaje comercial americano es la venta de souvenirs en las cataratas del Niágara. A estos puestos de baratijas los llama "niagaridades", con indios que parecen salidos de una novela de Cooper, barcas de cuero, tomahawks, gargantillas; "todo hecho por pieles rojas" en Alemania, y siempre las mismas señoritas vendedoras, que a Sierra le parecen encargadas por una empresa de explotación del Niágara.

Algo que llama especialmente la atención de Sierra es el creciente feminismo que se produce en la sociedad americana. Se sorprende, por ejemplo, cuando observa que las señoritas viajan solas en los trenes, y también de la cantidad de mujeres que trabajan, sobre todo en las escuelas: "Dirección y profesorado aquí son femeninas, las mujeres obtienen diez veces más que los hombres en cuanto a aplicación y disciplina" (84). Y otra vez Sierra se siente profeta y reflexiona: "En esta edad del músculo, las hembras quieren ser músculos también, es decir, quieren las mujeres ser hombres" (95).

No podía pasar desapercibido para Sierra el complejo sentimiento religioso de la mayoría de los americanos. Si bien, como se ha dicho, valora de forma positiva a los católicos y a su jerarquía, no ocurre lo mismo con los protestantes; por esto es frecuente la referencia irónica hacia su fe. Así lo hace cuando expresa que el domingo americano es heredero del sábado judío: "Los colmenares del trabajo humano enviudan en sus abejas zumbadoras: todo rumor calla y la ciudad reza en voz alta y se emborracha en voz baja; pero aún en las cantinas la cerveza se bebe con religiosa unción" (127).

A propósito de los judíos, lo primero que le sorprende es que su fuerza, en Estados Unidos, al contrario que en otros países, se desarrolla a la luz del día. Sierra lo califica como un grupo fuerte y rico: "dos o tres sinagogas indican que es aquel un barrio de opulentos y de ahítos" (133). El otro grupo pujante del que habla es el irlandés, y lo que llamará la atención del lector es que Sierra, a finales del siglo pasado, vaticine: "Ya verá Inglaterra un día lo que de todo esto resultará. Irlanda está destinada a ser la "cuestión de Cuba" de mediados de siglo próximo" (174).

Como se ha visto, estas y otras profecías salpican el texto de *En tierra yankee*, y algunas de ellas se refieren naturalmente al futuro de América. Augura que se producirá una confederación entre México, Estados Unidos y Canadá, apostillando: "Si alguno no cree en esta profecía, tómese el trabajo de vivir cuatrocientos años" (56). Apenas ha pasado un siglo y ya se han dado los primeros pasos firmes en esa dirección. No era difícil adivinar a finales del XIX el papel que Estados Unidos tendría en el mundo; para Sierra, el afán militar y guerrero americano, con todo su potencial "traería consigo un cesarismo, un dominio de grupos políticos sobre el país" y, además, el deseo "de constituir en la tierra un "pueblo standard", un pueblo tipo, conciencia heredada de sus fundadores puritanos [...]. Puede llegar a hacerse temer de Europa y tener inmóvil a la América latina ante la boca de sus cañones monstruos" (149-150). Un vaticinio más sutil puede encontrarse cuando describe la ciudad de Chicago, al considerar desde nuestra perspectiva el desarrollo posterior del gansterismo; y para ello se inspira Sierra en la impresión que le produce su arquitectura industrial y millonaria, desprovista de todo arte, que acaba "por producir no sé qué vago deseo de cometer un crimen y de renovar el incendio que hace más de treinta años devoró Chicago" (166).

Otras consideraciones tienen que ver con la afición de los americanos al confort, al lujo o al deporte, por el que mujeres hombres y niños se sienten atraídos. Pero por encima de todo interesa las conclusiones a las que llega Sierra sobre el pueblo americano:

¿ Qué he sacado de mi viaje a los Estados Unidos ? - Poco, nada. ¿ Supe ver ? Apenas. ¿ Supe discernir ? No pude. ¿ Qué me queda ? ¿ Cómo me explicaré ? Me queda una especie de zumbido de oídos en el espíritu; una especie de visión apocalíptica una serie de fragmentos de una espiral de fierro [...]. Por esos fragmentos corre la gente sin cesar, *go ahead, go ahead*. (191-192)

Y a pesar de la crítica a la plutocracia americana y al cesarismo, la conclusión es positiva. Sus juicios pesimistas los atribuye a los libros leídos sobre la sociedad americana: "yo no vi bien, entreví un gran pueblo... y adquirí una convicción, que la libertad es un aire respirable" (192).

Este no es más que un somero acercamiento a un libro de una riqueza muy superior, que contiene, por ejemplo, claros precedentes del hispanoamericanismo o

arielismo que se manifestará a principios de siglo en el ensayo *Ariel* de José Enrique Rodó y elementos fundamentales para el estudio de los libros de viaje en general. Pero en estas breves notas ya podemos intuir la imagen que un hispanoamericano tenía de los Estados Unidos en el tránsito hacia el siglo XX" y los ejes principales que conformarán el carácter y el proceder de América a lo largo de este siglo que se acaba.

Referencias bibliográficas

Prieto, Guillermo. 1877-1878- *Viaje a los Estados Unidos*. México.

Sierra, Justo. 1991. *En tierra yankee (Obras completas VI. Viajes. En tierra yankee [En la Europa latina, edición, notas e índices de José Luis Martínez]*. México. Universidad Nacional Autónoma, primera edición 1948.

Sierra O'Reilly, Justo. 1849. *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y Canadá*. Campeche.

— 1848. *Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos*. México.

Zavala, Lorenzo. 1846. *Viaje a los Estados Unidos*, Mérida.